

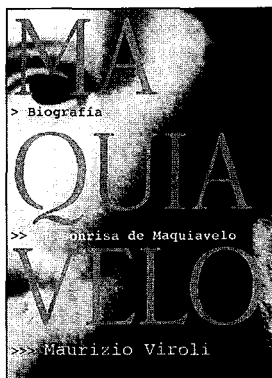
605-624), GENNARO CARILLO («Un Grozio 'epicureo': solo un arbitrio storiografico vichiano?», pp. 625-647), y VINCENZO VITIELLO («Vico: tra storia e natura», pp. 649-693).

Un cuidado volumen que recuerda un magno acontecimiento viquiano y que viene a contribuir al destacado peso en interés que las ideas y la obra de Vico están alcanzando en este fin de siglo y de milenio.

\* \* \*

## LA MÁSCARA DEL EX-SECRETARIO FLORENTINO

por Miguel A. Pastor



[Reseña/Review: Maurizio Viroli, *La sonrisa de Maquiavelo*, Tusquets Editores, Barcelona, 2000]

La vida de todo hombre se compone de innumerables momentos, de estados de ánimo, de pensamientos y sueños que desaparecen en el pozo sin fondo del tiempo. En ese transcurrir, a veces, la fortuna inflige heridas que ya no cicatrizan. El relato de la vida se divide en un antes y en un después. Algunos logran volver a reír, incluso tras haber perdido lo más importante que tenían. Es una sonrisa de desafío ante la pena que oprime el corazón: es la sonrisa de Maquiavelo que tendrá que sufrir por el hecho de tener grandeza de ánimo y mente libre sin ser aristócrata ni rico.

Ésta es la situación a la que nos enfrenta, en su sentido más literario, esta magnífica biografía del Secretario florentino. Una biografía que pretende relatar de una manera nueva aspectos que permanecían en la sombra (p.e., su presunta homosexualidad), revisando ciertos juicios comúnmente aceptados (su nunca justificada redención de los medios por el fin), a veces, incluso de una forma algo confusa que no distingue entre la primera persona que sigue la palabra del biografiado y la tercera, narrativa, del propio biógrafo.

En la Florencia del s. XV, frecuentemente las plazas y las calles se convertían en teatro de feroces choques entre facciones opuestas que aspiran a dominar la ciudad. Una ciudad que se hace amar por su belleza y elegancia pero también odiar por la mezquindad, el egoísmo y la falta de sabiduría de demasiados de sus ciudadanos, especialmente las grandes familias florentinas, verdadero corazón, en lo bueno y en lo malo, de la política de la ciudad. Y aquí es donde vive y ejerce sus dos profundas pasiones, los asuntos de Estado y de amor, un hombre fascinante: Nicolás Maquiavelo. Una vida marcada por la condición de *quondam segretario* y que éste siente como una segunda piel. La sufre en lo más hondo del alma y quiere volver a encontrar aquella intensidad de vida y aquel placer de hacer cosas grandes que le daban los asuntos de Estado. Una y otro aflorarán en la escritura de páginas de infinita belleza en jornadas hechas de nada. Antes de escribir esas páginas, y mientras las escribe, el dolor, más fuerte que su renuncia a revelarse, le obliga a relatar, de vez en cuando, sus afectos, sus angustias y sus amores, apareciendo así más de cerca el hombre que se oculta detrás de la máscara de Secretario, y del que podemos descifrar mejor el enigma de su sonrisa.

El amor vivido como pasión que arrebatada y domina el corazón, no como imaginación literaria, es uno de sus antídotos contra la tristeza de la vida y la maldad de los hombres. El

amor de las mujeres era para él un obsequio precioso que daba a la vida calor y belleza. Maquiavelo, cuando se enamora se entrega por completo a la pasión amorosa. La belleza de la mujer lo envuelve, lo encadena y lo transporta a un mundo que es tan suyo como el de los Estados y la política, es decir, el mundo de la poesía. El amor a la mujer es incluso más fuerte que los pensamientos sobre las grandes cosas de la política.

Sentado ante el escritorio y conversando con los grandes hombres de Estado de la Antigüedad, Maquiavelo se encuentra por fin a sí mismo. Para Maquiavelo la política la hacen los hombres, con sus pasiones, su temperamento y sus fantasías. Por eso pone siempre gran empeño en comprender el ánimo de los príncipes que conoce, y se las ingenia para indagar en el fondo de sus almas mirando detrás de las máscaras y de sus simulaciones, pero es el momento de ser prudente, porque sus ideas gustan solamente a los sabios, que son pocos. Se aleja del mundo para entrar, con la ayuda de la fantasía y de la imaginación, en la poesía. El hastío, los afanes, la pobreza y la muerte se vuelven nimiedades ante la grandeza de los hombres con quienes ahora dialoga, y puesto que se han vuelto pequeñas y lejanas ya no le asustan, ya no le hacen daño.

Lo cuenta todo sonriendo, porque siempre le ha divertido la comedia humana con su enredo de pasiones y de humores, y ahora que todo lo ha perdido es éste su único refugio. Pero es una sonrisa que oculta el llanto. Sonríe pero su corazón esta oprimido por el tormento, la rabia, la esperanza y el miedo. Por eso, tal vez, *La Mandrágora* sea su verdadera obra maestra. La escribe para combatir la tristeza. Si no volviese el rostro a la comedia y la risa, sólo podría abandonarse a la tristeza y al llanto, y no quiere darle ese gusto ni a la suerte ni a los hombres. Por eso, cuando es posible, lo mejor que puede hacerse es reirse de la comicidad de los hombres, de sus pasiones y mezquindades, de sus fantasías y esa su abigarrada variedad de ideas y de maneras de vivir. Reirse de la comedia de la vida, y cuando la que los hombres ponen en escena espontáneamente no es lo bastante cómica, es el momento de escribir otras nuevas.

Ésta es la sonrisa de Maquiavelo: ni risa ni mueca burlona; más bien una máscara que cubre el llanto, una defensa que protege de las miradas, desconsolada y resignada ante la mezquindad y la malignidad del mundo.

Escribe frases llenas de fuerza, de nervio y rabia, ricas en enseñanzas magistrales que nos permiten tocar con las propias manos cómo trabaja su mente. Jamás se fía de las apariencias, y menos aún acepta la autoridad de quien sea. Sólo cree en lo que ve y hace suyas solamente las opiniones que le parecen fundadas sobre buenas razones. Maquiavelo no está dogmáticamente seguro de poseer la verdad, pero más que a su carácter, eso se debe a su conciencia de que quien quiera que razone sobre asuntos políticos estará siempre impulsado y condicionado por pasiones particulares. Esto significa que en política los juicios y las previsiones no son verdades indiscutibles, sino sólo conjeturas más o menos probables. Pretender tener la verdad en la mano es propio de quien ha estudiado la política solamente en los libros.

Las obras verdaderamente grandes –y son muy pocas– nacen del dolor que se disuelve en páginas que son pura fuerza y vida, y que rompen los convencionalismos y los límites que han establecido los mediocres. Son grandes porque el autor pone en ellas esa intensidad de vida que siente escurrírsele. La razón tiene su participación, y grande: pero es una razón afilada por las pasiones, y no sólo sale ganando la sutileza del análisis, sino también la belleza de la página, que se llena de imágenes, de metáforas y de exhortaciones que seducen la mente y el corazón del lector, y entran directamente hasta el alma para no abandonarla nunca más.

Maquiavelo habla de un dolor y un llanto sin objetivo ni consuelo, y traza un paralelismo entre las tragedias de los Estados y los reinos, y las penas que sufre el hombre por amor, comparación que recuerda a la que establece entre el placer que produce pensar en las cosas grandes de los Estados y la dulzura del amor. Es mejor obrar y arrepentirse que no obrar y arrepentirse, resume la sabiduría de Maquiavelo. Ante la belleza de la mujer, como en los grandes asuntos de la política, no se deja contener por el miedo a sufrir, o a perder; se deja encadenar por la pasión y persigue los grandes sueños. Maquiavelo encuentra en la mujer la belleza que encadena, la dulzura infinita, el juego y el deseo; pero también encuentra a la amiga a quien revela las penas y los júbilos más secretos. El recuerdo de sus mujeres permaneció siempre vivo en él a lo largo de los años, y con sus narraciones las hizo entrar y vivir para siempre en la leyenda. ¡Y pensar que algunos llegaron a escribir que odiaba y despreciaba a las mujeres, que las quería ver siempre sometidas y jamás iguales, que rehuía el amor porque no quería volverse esclavo de las pasiones! Mejor reirse, como habría hecho él, ante tan desalentadora ignorancia, no merece la pena «engalofarse», volverse un *gallofo*, hundirse en la vulgaridad, aturdirse. Tan sólo quedaba el espectáculo de la malignidad y la estupidez de los hombres, encabezados por los papas, reyes y emperadores. Pero ésta no era, lamentablemente, una comedia, sino una tragedia.

La historia del sueño de Maquiavelo, cita común de muchos autores, lo que mejor parece describirnos son todas las cualidades del Secretario: burlón, irreverente, dotado de una sutilísima inteligencia; poco preocupado por el alma, la vida eterna y el pecado; fascinado por las cosas y hombres dotados de grandeza. Y sin embargo, era un hombre del pueblo y pobretón; era fantasioso, temerario y extravertido en sus opiniones y más aún en su estilo de vida; le gustaba el dinero, pero para divertirse y pasárselo bien; amaba el poder, pero como medio para hacer grandes cosas, no como objetivo. Cualidades todas ellas que no parecen acomodarse a un rostro fatigado, en el que los labios tienen un pliegue amargo; los ojos han perdido la expresión inteligente, burlona, irónica de los años de la madurez. La mirada perdida en el vacío, ya no tiene el porte erguido y seguro con que se había presentado ante príncipes, papas, reyes y emperadores; el cuerpo esta encorvado por los afanes: demasiados viajes cabalgando día y noche; demasiados peligros afrontados y demasiadas esperanzas decepcionadas, demasiados sueños jamás realizados, había vivido pocos momentos de gloria, pero sobre todo, había sufrido derrotas y desilusiones.

Si alguna vez hubo para Nicolás Maquiavelo un período propicio para buscar consuelo en la penitencia y en la redención, se produjo en los últimos meses de su vida. Yo creo, nos dice el biógrafo, que antes de cerrar los ojos para siempre, no hizo penitencia ni pidió perdón a Dios por haber amado demasiado la vida, la patria y las mujeres. Si que pensó en una redención, pero en una redención muy suya, no ya en compañía de los santos y los beatos, a quienes no ama, sino de los grandes hombres de Estado, de los legisladores, los filósofos de la política, los capitanes y los héroes que no necesitan a Dios porque se han vuelto dioses ellos mismos con la fuerza de su inteligencia y de su ánimo, y viven en un mundo total y solamente suyo, rodeados por la luz de la verdadera gloria. *Amo a mi patria más que al alma, confiesa el sentido y la pena de su vida.*

Por eso, según el biógrafo, la obra fundamental del republicanismo moderno es, sin duda, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, un libro totalmente inspirado por el amor al «vivir libre». Luego *El arte de la guerra* y la *Historia de Florencia*, para enseñar,

además, que la libertad se defiende con las armas gobernadas por las leyes, y protegiendo a la ciudad de la peste de las facciones.

Así murió Maquiavelo, con la misma sonrisa con que había vivido. En su sonrisa había aquel amor por la libertad y por la igualdad civil que en él fue siempre guía, porque sólo entre libres e iguales, no como amos ni siervos, se puede reír de verdad. Y en esa sonrisa había sobre todo un profundo y sincero sentido de caridad, de esa caridad que lo llevaba a amar la variedad del mundo y que era el meollo de su amor a la patria; esa caridad benigna «que no tiene envidia, no es perversa, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca su propia comodidad, no se indigna, no piensa lo malo ni se alegra de él, no goza de las vanidades, todo lo padece, todo lo cree, todo lo espera», palabras clave para comprender, tal vez, la belleza de su sonrisa y de su sabiduría de la vida.

Para el biógrafo y después de su muerte, los *Discursos* se convirtieron en la guía intelectual y política de quienes amaban los ideales de libertad republicana y buscaron, en Florencia y en otros países de Europa y de las Américas, sustituir por libres repúblicas la dominación de príncipes y reyes. Había combatido la tristeza con la imaginación y no quería dejarse envolver por la melancolía, esa pena sutil que atrapaba a tantos en Florencia

Pocos han dicho que fue un gran filósofo moral, que entre broma y broma, nos ha enseñado a aceptar y apreciar la idea de que cada cual ha de seguir su propia naturaleza sin ser esclavo del juicio de los demás. Apreciar la variedad de la vida quiere decir también aceptar que hay distintas maneras de vivir.

\* \* \*

